

## ESCRÍBEME A LA TIERRA

Gracias a....

Repito hoy con Carlos Gil la presentación de un libro que ya hemos dado a conocer hace algunos meses y en lugares diferentes. Un libro, *Escríbeme a la tierra*, que se basa, como seguramente todo el mundo sabe aquí, en las cartas de algunos de los que murieron asesinados a los pocos días o semanas de haberlas escrito. La mayor parte de ellas ya aparecían en mi anterior libro, *Aquí nunca pasó nada*. Entonces sólo eran parte de la documentación que acompañaba y de alguna forma probaba lo que se quería contar: que sí habían pasado algunas cosas, al menos dos mil cosas, dos mil personas asesinadas.

Cartas, algunas cartas. Aunque después hemos podido sumar más, seguramente no tenemos todas las que escribieron los presos riojanos en esas circunstancias. Pero sí son, todas las que hemos encontrado.

Señalo así, ya, una primera cuestión. Hay que seguir buscando, investigando. Hay más. Seguro que hay más.

Como explica Carlos Gil en el prólogo, las cartas nos permiten saber muchas cosas acerca de las vidas de quienes las escriben, de sus intereses, amores y preocupaciones, pero también de su educación y de sus conocimientos, de las diferencias sociales entre todos ellos.

Nuestros autores escriben desde pueblos y ciudades diferentes, por ejemplo, y por supuesto, pero sobre todo desde distintas cárceles. En algunos casos no hay referencia a las mismas y podemos suponer que son las prisiones o depósitos de los pueblos. De donde más nos llegan es de las cárceles de Logroño, la provincial y las dos habilitadas, en la Escuela Industrial y en el frontón Beti-Jai y desde el fuerte San Cristóbal en Pamplona.

De todos estos lugares de encierro ya tenemos mucha información publicada, por ejemplo, *Las Sacas* de Patricio Escobal para las cárceles de Logroño. A través de sus páginas podemos conocer lugares y personas, medir tiempos. Si mezclamos toda esa información con las cartas de que disponemos encontraremos seguramente espacios y vivencias comunes.

Otros muchos aspectos diferencian también a nuestros escritores. No es lo mismo llegar a la celda en solitario o en grupo, como podemos apreciar en

sus comentarios. Y tiene su importancia el sobrevivir al cambio de lugar de encierro, así nos lo explican, con sus temores o expectativas.

Ya hemos dicho que la mayor parte de los encarcelados que escriben a sus familiares, más allá del amor familiar que demuestran, están preocupados sobre todo por los trabajos del campo. A poco que nos pusiéramos a ello, y gracias a esos comentarios, podríamos establecer un calendario de cuidados, trabajos y recolecciones, al que podríamos añadir todas esas preocupaciones que nos llevarían desde los problemas de la lluvia, o de la sequía, a la falta de brazos en ese año aciago, incluyendo, por supuesto, los de quienes se han ido al ejército, y los suyos propios. Con ese trabajo, sabríamos, seguramente, más de nuestros protagonistas, y por supuesto, de las labores del campo.

Y así sucesivamente. Es evidente que cada vez que hemos presentado “Escríbeme a la tierra”, que hemos leído sus cartas, nos han llegado nuevas reflexiones e interpretaciones sobre los dos temas fundamentales del libro: quienes lo cuentan, y qué es lo que cuentan.

Las fotografías que acompañan este libro, y que ya utilicé en el anterior, presidían los salones, o acompañaban a las familias en los dormitorios. Aún había quien me las enseñaba en las cajas donde las escondían. Por si acaso. Sentí en ocasiones que de haber insistido me hubieran dejado los originales porque así alguien los guardaría para siempre. Es una pena que nunca hayamos podido montar o tener ese lugar necesario para su guarda. Un centro de interpretación. Veremos.

También he perseguido, en general con buenos resultados, el tesoro de las cartas que luego he devuelto y después he pedido de nuevo. Siempre, con ese temor familiar a perderlas, y esa reflexión, que nunca resolvemos, de si podrían guardarse en algún lugar que asegurara cuidado y futuro. De entre esos tesoros, quiero recordar las cartas de los hermanos Pellejero. Por lo que son y por lo que cuentan y porque las he pedido y devuelto tantas veces que en ocasiones no sabíamos, Amalia o yo, quien tenía los originales. O la carta de Cipriano Berrozpe, la carta más leída y por ello la más doblada y extendida. Un tesoro que se ha ido quedando entre los dedos. Y hay muchas más...

Ahora, antes de pasar a las preguntas y comentarios, el punto y seguido lo ponen estas líneas que alguna vez escribí para resumir algo de lo que las

cartas, muchas de ellas, dicen, añadiendo también el nombre de algunas a las que iban dirigidas, casi siempre mujeres, mujeres, finalmente, de negro:

De lo que me dices... , abrazos, despedidas, me alegraré que al recibo de estas cuatro letras, caligrafías y ortografías múltiples, estamos todos juntos, papel, dicen que el papel lo soporta todo, esperanza, cuatro letras para despedirme de ustedes, la vida, la vida y la muerte, y a ti Pilarín te daré un besico cuando nos veamos, los recuerdos, los verdugos, no se olvide del tabaco, la carpeta, las carpetas, ciento sesenta cartas, algunos gramos de clemencia, las noches, la saca, María, Catalina, Maura, Presen, Victoriana, Sabina, Beatriz, Juanita, Agapita, Teresa, Carmen, Lucía, Celestina, Isabel, Francisca, Clementina, Julia, Rufina, Concepción, Nicolasa, Irene, Pilar, Jesusa, Aurea, Simona, Trinidad... sé que sabrás cuidar de los hijos, dales por mi el último beso, adiós.

Jesús Vicente Aguirre